

La poesía de la experiencia de Jaime Gil de Biedma

María Andueza

Deslumbrada por los grandes logros de la poesía de la Generación del 27 (Lorca, Aleixandre, Alberti, Guillén), la crítica de la posguerra española dejó en la oscuridad los valores poéticos de las nuevas generaciones. Sin embargo, no faltaron voces que señalaron la necesidad de liberar a la poesía española de algunos de los supuestos teóricos que regían a la brillante generación modelo de época. Los poetas de la Generación del 27 utilizaban su poesía para proyectar su personalidad y sentar su visión poética como la verdad absoluta del mundo, postura subjetiva que prevalecía en todos sus miembros, y carecían del espíritu de duda, la ironía y la dicción coloquial característica de la poesía moderna. Cabe recordar el intento de rebelión de los llamados *poetas sociales* (Gabriel Celaya, Blas de Otero, José Hierro) de la década de los cuarentas. Pero fueron los poetas de la llamada generación de los cincuentas y, en especial, Jaime Gil de Biedma —que siguió en parte los pasos de Cernuda a quien le tocó hacer el cambio e iniciar la reacción consciente contra los postulados teóricos de la Generación del 27. Quizá el primero en advertirlo fue José Ángel Valente, según lo declara Gil de Biedma: “apuntaba Valente diciéndome que Cernuda, entre todos los poetas del 27, era el más próximo a lo que nosotros intentábamos hacer”.¹

Jaime Gil de Biedma escribe un artículo esclarecedor, “El ejemplo de Luis Cernuda” (en el número especial que dedicó *La caña gris*, 1962, al poeta sevillano). En dicho artículo el poeta catalán pone el dedo en la llaga, al apuntar que la grandeza de Cernuda estribaba en haberse sabido ejemplarmente liberar de la generación a la que pertenecía: “Cernuda es hoy por hoy, al menos para mí, el más vivo, el más contemporáneo entre todos los grandes poetas del 27, precisamente porque nos ayuda a liberarnos de los grandes poetas del 27”.²

La poética de Gil de Biedma —marco teórico invaluable para adentrarse en su poesía— puede rastrearse en la serie de ensayos escritos a lo largo de veinticinco años y agrupados bajo el título de *El pie de la letra*. La mayor parte de estos estudios versan sobre la poesía y los poetas (“cómo se hace para hacer un

¹ Jaime Gil de Biedma, “El ejemplo de Luis Cernuda”, en *El pie de la letra*. Barcelona, Crítica, 1960, p. 337.

² *Ibid.*, p. 74.

buen poema”; “estar convencido de que escribir un puñado de buenos poemas es lo único que de veras importa en la vida”,³ Le interesaba también a Jaime Gil de Biedma la crítica: “Consiste en haber creído, y en seguir creyendo, que la crítica literaria no es sino una variedad del arte de escribir y que el efecto estético es tan principal en ella como en cualquier otro género de literatura”.⁴ En cierto modo la crítica era un pretexto para acercarse a su propia poesía: “A medias disfrazada de crítico y a medias de lector, estaba en realidad utilizando la poesía de otro para discurrir sobre la poesía que estaba yo haciendo, sobre lo que quería y no quería hacer”.⁵ Estas reflexiones hechas con tanta inteligencia y rigor abrían nuevos horizontes a la poesía española contemporánea y a la poética de que se sustentaba: breve, lúcida, consistente y determinante. Pese a su concisión, resulta imposible abarcarla en los límites de un artículo. Por ello me detendré solamente en lo que creo tipifica una de sus notas fundamentales: la *poesía de la experiencia*.

Varias veces en sus ensayos, Gil de Biedma declara su interés por el libro de Robert Langbaum *The Poetry of Experience*,⁶ el que califica de admirable, y al que considera “el mejor estudio que conozco acerca de los especiales problemas que la creación poética suscita a partir de la Ilustración”.⁷ Por otra parte, el “monólogo dramático” del que habla Langbaum “no es sino una variante específica de la poesía de la experiencia”.⁸ Para Langbaum, la literatura de la experiencia no es nueva en la literatura europea, sino núcleo de la verdadera tradición poética moderna iniciada por Wordsworth y Coleridge. Conviene recordar que Gil de Biedma, al igual que Cernuda, conocía bien la lírica inglesa y los fundamentos teóricos de esta poesía. Traductor y comentarista de T. S. Eliot, admirador de Ezra Pound, entre sus favoritos se cuenta a W.H. Auden, al que Gil de Biedma cita con frecuencia. Este tipo de poesía, cercana aunque no identificable con la *poesía de la experiencia*, acentúa la costumbre de tratar asuntos íntimos, próximos al hombre de hoy y al mundo en que vive y se vale para expresarlo del tono coloquial, conversacional; poesía meditativa y ética sobre la vida.

La poética de Gil de Biedma, dispersa en sus ensayos, florece en sus poemas, los cuales recogerán la experiencia vivida. “Se trata de dar al poema una validez objetiva que no está en función de lo que en él se dice, sino de lo que en él está ocurriendo”.⁹ El poeta barcelonés, aparte de las influencias señala-

³ J. Gil de Biedma, “Nota preliminar”, en *op. cit.*, p. 11.

⁴ J. Gil de Biedma, *op. cit.*

⁵ *Idem.*

⁶ Robert Langbaum, *The Poetry of experience*. Londres, Penguin Books, 1974.

⁷ J. Gil de Biedma, *op. cit.*, p. 53.

⁸ *Ibid.*, pp. 341-42.

⁹ *Idem.*

das, toma su propio partido: "Era ésa la experiencia, creía yo que debía servir como supuesto básico de todo poema contemporáneo".¹⁰ En el "Prefacio" a *Las personas del verbo*;¹¹ (el poeta se ha servido de la fórmula lingüística y teológica para su título, pero totalmente desacralizada), Gil de Biedma señala la necesidad de ser fiel a sus propias experiencias: "Puestos a escoger entre nuestras concepciones poéticas y la fidelidad a la propia experiencia, finalmente, optamos por esta última".¹² Conocerse a sí mismo, reconocer el mundo, reflexionar en las vivencias personales como cualquier "hijo de vecino" —expresión usada con frecuencia por el poeta— será la meta a seguir. Gil de Biedma nos dice que "un libro de poemas no viene a ser otra cosa que la historia del hombre que es su autor, pero elevada a un nivel de significación en que la vida de uno es ya la vida de todos los hombres, o por lo menos atendidas las inevitables limitaciones objetivas de cada experiencia individual de unos cuantos de entre ellos".¹³ La vida es la materia prima de la poesía y prevalece sobre sobre otras consideraciones teóricas, así dice: "Nuestra actividad viene a emparejarse con la vida misma".¹⁴

107

Los amigos de Jaime Gil de Biedma reconocieron este carácter de experiencia en su poesía. Juan Ferraté dice al respecto: "es en la vida privada de su autor, en el sentido más estricto del término donde hallamos el tema regular específico de la poesía de Gil de Biedma".¹⁵ Asimismo, Juan Goytisolo escribe: "El acierto indudable de Gil de Biedma es expresar mejor que nadie experiencias y emociones vividas".¹⁶

Pere Gimferrer comenta que la poesía de Gil de Biedma "fija con nitidez la experiencia al arraigarla en vivencias comunes a todos los lectores de donde la justeza expresiva que admiramos para permitirnos enjuiciarla como propia. El poema incorpora, pues, ni más ni menos una experiencia a nuestra vida".¹⁷

Poeta de sus propias experiencias, Gil de Biedma no podía por menos de disentir de los hombres del 27 que en su poesía partían, no de la experiencia, sí de la visión poética de esa experiencia. Hablando una vez más de su bien admirado Cernuda, Gil de Biedma aclara que los poemas del poeta sevillano

¹⁰ *Ibid.*, p. 333.

¹¹ J. Gil de Biedma, *Las personas del verbo*. Barcelona, Seix Barral, 1975. (Insulae Poetarum, 10)

¹² *Idem.*

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ "A favor de Jaime Gil de Biedma", en *Periódico de Poesía*. México, UNAM-UAM, núm. 11, 1989, p. 16.

¹⁶ Juan Goytisolo, "Notas sobre la poesía de Jaime Gil de Biedma", en *Ibid.*, p. 19.

¹⁷ Pere Gimferrer, "La poesía de Jaime Gil de Biedma", en *Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 202, octubre de 1966, pp. 242-243.

“parten de la realidad de la experiencia personal, no de una visión poética de la experiencia personal. Son, por así decirlo, *poéticas a posteriori*. Lo que en ellos se dice tiene una validez que no es sólo poética: la validez de una experiencia real y contingente que, el lector se dé cuenta de ello, podía lo mismo haberse expresado en forma de fragmento autobiográfico, de narración o de ensayo, o podía no haberse expresado en absoluto, sin dejar por eso de haber existido”.¹⁸

108

En el artículo de Gil de Biedma, ya aludido, “El ejemplo de Luis Cernuda”, el poeta catalán pone una vez más en juego su agudeza y perspicacia críticas. Para él, la evolución poética de Cernuda se había traducido en el rechazo del principio estético que, a partir de Mallarmé, había adquirido la categoría de dogma y contra el cual pocos habían tenido el valor de rebelarse: “el de que en poesía, en un poema cuando es bueno, es o debe ser imposible distinguir entre el fondo y la forma”.¹⁹ Según palabras de Gil de Biedma, tal afirmación “es una tontería, porque la verdad es que, en la práctica, todos distinguimos, porque la distinción entre fondo y forma es un elemento primordial en el goce del lector”,²⁰ y si se ignora no podría apreciarse “cómo y hasta qué punto, ha logrado el poeta concertar uno y otro”.²¹ Evidentemente lo que hizo Mallarmé y lo que continuaban haciendo los poetas del 27 era “un proceso de abstracción y formalización de la experiencia —es decir, del fondo— que la convierte en categoría formal del poema, que la anula en cuanto experiencia real para resucitarla como cuerpo glorioso, como realidad poética purgada ya de toda contingencia”.²²

Eso es lo que hacía Mallarmé, eso es lo que hacían los poetas del 27 y lo que sin darse cuenta, hace aún la mayoría de ellos cuando pretende darnos poesía “humana” o “social” —para decirlo con dos términos vagos que, asombrosamente, todo el mundo entiende en nuestras latitudes. Sus poemas empiezan a ser buenos cuando logran formalizar, evaporar la realidad contingente de la experiencia común que intentaban expresar, es cuando empiezan a dejar de ser lo que pretendieron. Por eso resultan insatisfactorias y rara vez convencen.²³

Gil de Biedma lamenta que la reacción de la crítica no ha sido “mucho más profunda, mucho más consciente, mucho más despiadada”²⁴ y que esta pere-

¹⁸ “El ejemplo de Luis Cernuda”, en *op. cit.*, p. 71.

¹⁹ *Ibid.*, p. 72.

²⁰ *Idem.*

²¹ *Idem.*

²² *Idem.*

²³ *Idem.*

²⁴ *Idem.*

zosa flojedad fomentara “la inconsciente dependencia, en el plano teórico y en el formal, con respecto a la poesía contra la cual pretendían reaccionar”.²⁵ Por supuesto que Gil de Biedma, poeta culto e inteligente, reconoce “aciertos aislados, pero la poesía que venimos haciendo —esa poesía “humana”, “social”, “realista” o como queráis llamarla— adolece de una inconsistencia que a la larga es imprescindible remediar, si es que queremos ir con ella adelante”.²⁶

Las experiencias de vida relacionan al hombre con las cosas, los hombres, el mundo. La poesía por ser vida participa de lo humano. Gil de Biedma da a su poesía la consistencia de lo vivido: “Escribir un poema es aspirar a la formulación de una relación significativa entre un hombre concreto y el mundo en que vive. En principio, la poesía me parece una tentativa, entre otras, por hacer nuestra vida un poco más inteligente, un poco más humana”.²⁷

Leer los poemas de Jaime Gil de Biedma es encontrar la historia de su vida. Y, exponer a los cuatro vientos de la letra impresa las experiencias personales de hechos de vida, supone generosidad y entrega por parte del escritor. Descubrirse espiritualmente para mostrarse tal cual uno es, sin máscaras, sin dobleces, es dar la verdad. Transcribir las propias experiencias es entregarse y transmitir lo vivido, deviene en el espejo en que el hombre se reconoce. Ahí está la verdad y la moral (por supuesto, no religiosa) perseguida por él. Sea quizá por esta autenticidad de su poesía de experiencia que Jaime Gil de Biedma adquiere singular valor entre los poetas de la generación del cincuenta, se afirma como uno de los mejores poetas de la posguerra y descuella ejemplarmente para las nuevas generaciones. El cambio poético en España a lo largo de la década de los sesentas, parece inexplicable sin figuras como la de Gil de Biedma, el poeta español que dio un paso en firme hacia la modernidad poética y que falleció, víctima del SIDA, en el mes de enero de 1990 en su natal Barcelona.

²⁵ *Idem.*

²⁶ *Ibid.*, p.73.

²⁷ Leopoldo de Luis, “Poética”, en *Poesía social*. Madrid-Barcelona, 1966, p. 25.